

ALGUNOS LOGROS DE LAS CIENCIAS MÉDICAS EN CUBA (1868-1902)

Lic. Marlene I. Portuondo Pajón
Profesora de Historia de Cuba
Categoría Docente: Profesor auxiliar.
Facultad de Ciencias Médicas "Hospital Calixto García".

RESUMEN

El trabajo que se presenta va dirigido a profesores de Historia en los centros de enseñanza de Ciencias Médicas, que aborden el panorama de la Colonia en Cuba, así como interesados en la Historia de la Medicina en nuestro país.

El objetivo es señalar algunos de los logros de esta Ciencia, a través de algunas de las personalidades cubanas, teniendo en cuenta el contexto histórico en que se ubican. Así, no hemos omitido como antecedentes, el trabajo de otros hombres de ciencias que no tuvieron en cuenta la base experimental, ni tampoco explicaban el mecanismo de cómo se verifica el contagio. Como es obvio, ninguno resolvió antes que Carlos J. Finlay las vías de transmisión del contagio y su aplicación a la fiebre amarilla. Las consecuencias de su genial concepción, permitió descubrir el medio de transmisión de la fiebre amarilla y su erradicación; crear un nuevo método experimental directo en el ser humano; adelantar algunas ideas respecto a la inmunidad adquirida, sustituir el concepto miasmático de las enfermedades por el concepto biológico, e iniciar una nueva rama de las Ciencias Naturales: la Entomología médica.

La Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana se fundó por Real Decreto en 1860. Constituyó, a nuestro juicio, el eje fundamental de toda la evolución científica de la época. Agrupó en su seno a los más valiosos representantes del conocimiento científico en Cuba, incluyendo los mejores profesionales en todas las ramas del saber humano. Sus rígidas condiciones y requisitos para la admisión de miembros, bajo la estricta base de solvencia moral y méritos probados, ha hecho que fuera en todo tiempo un organismo serio, respetado y progresista. Notables mejoramientos en sus materiales de estudio, biblioteca y museos, por generosas aportaciones recibidas, fueron: El Herbario Sauvalle de plantas cubanas, con ciento treinta familias representadas por 5 356 ejemplares, recibido como donativo; a esta riquísima colección se adicionó otra de plantas de Puerto Rico, cedida por el Dr. José I. Torralbas. Don Rafael Arango y Molina donó en 1877 su magnífica colección malacológica, con 6 305 ejemplares de moluscos cubanos, terrestres, fluviales y marinos.

El general Wood donó una colección de peces de los mares de las Islas Filipinas, con doscientas cuarenta y siete especies clasificadas. Como exponente del adelanto y enriquecimiento de los museos de la Academia, baste citar que en su lista de donantes aparecen los nombres de Francisco C. Sauvalle, Felipe Poey, etcétera. El acelerado progreso de la Medicina, la Cirugía y otras ciencias con ellas relacionadas, motivó en esta época numerosas luchas y controversias entre los aferrados a los métodos tradicionales y los que fueron conceptuados como revolucionarios e innovadores, al aceptar y ensayar nuevos procedimientos, basados en descubrimientos, teorías y concepciones de avance.

Justamente, existieron profesionales dispuestos a la prueba y defensa de cuanto para ellos significara mejoras. De tales diferencias entre científicos y de las demostraciones, aplicaciones y resultados que trajeron como secuela, se derivaron muchos beneficios para Cuba.

Dentro de este cuadro, y ante la imposibilidad de citar todos los adelantos médicos, mencionaremos sólo algunos de los más importantes;

1-La publicación de la Revista Mensual Crónica Médico-Quirúrgica de La Habana, iniciada en 1875, y que continuó todo el período. Otra publicación médica importante fue la Revista de Medicina y Cirugía de La Habana, fundada en 1896 por el Doctor José Antonio Presno.

2-Por el doctor Claudio Delgado se hizo la primera transfusión de sangre en La Habana, con éxito, en 1880.

3-Por el doctor Francisco Cabrera Saavedra, la primera ovariectomía en Cuba, en 1882.

4-En 1887, a los dos años de haberse inaugurado el Instituto Pasteur, en París, fueron allí los doctores Diego Tamayo y San Martín, para estudiar su proceder y, a su regreso, trajeron el

virus rábico, con el que se inició en el Laboratorio Histobacteriológico e Instituto de Vacunación Antirrábica de La Habana, fundado y dirigido por el doctor Juan Santos Fernández, la fabricación de la vacuna antirrábica en Cuba.

5-En 1895, el doctor Luis Martín comenzó en La Habana el tratamiento de la difteria con el suero antitóxico y, en 1897, el doctor Juan F. Dávalos hizo su primer diagnóstico bacteriológico de esta terrible enfermedad.

6-El doctor Tomás Coronado hizo, entre 1888 y 1900, muy interesantes estudios sobre las fiebres palúdicas o malaria. En 1897, propagó la "doctrina contagionista" del paludismo, antes que los investigadores italianos, quienes no la publicaron hasta 1900.

7-El doctor Joaquín Albarrán --aunque radicado en Francia-, fue una indiscutible gloria nuestra. Escribió obras didácticas, resolvió muchos problemas de fisiología y de bacteriología; ideó nuevos procedimientos de exploración y nuevas operaciones quirúrgicas, así como recursos para llegar al diagnóstico de las enfermedades. Entre los instrumentos que inventó y llevan su nombre, podemos mencionar:

- a.El cistoscopio
- b.Urétromo
- c.Eantasma vesical para el cateterismo uretral,
- d.Valvas metálicas para la prostatectomía,
- e.Jeringa vesical y de instilación.
- f.Estufa para la desinfección de sondas,etcétera

Y expresamente, hemos querido dejar para el final de esta breve relación de adelantos médicos, la obra cumbre y descubrimiento grandioso del Dr. Carlos J. Finlay: no sólo la forma de transmisión de la fiebre amarilla, de persona a persona, por el mosquito, conocimiento que ha salvado millares de vidas, sino que también sentó la teoría universal de la comunicación del contagio de distintas plagas azotes de la humanidad, por medio de otros tipos de insectos.

En el principio de sus investigaciones sobre el llamado "vómito negro", Finlay se dedicó a estudiar las especiales condiciones climáticas en las regiones afectadas, estimando que el aire en sí acarreaba los "miasmas contagiosos" desde los manglares insalubres, pantanos y lugares de aguas corrompidas, donde se descomponía abundantemente la materia orgánica. Basado en este criterio primitivo, que compartían varios científicos, llegó a publicar su curioso trabajo titulado Alcalinidad Atmosférica de La Habana, en 1872, donde sostenía que el aire de La Habana era más alcalino que el de Europa, considerando que ésa era la posible causa de la fiebre amarilla.

Continuó sus estudios en ese sentido, pero sin llegar, como no era posible, a conclusiones convincentes, y sí cada vez se establecía en su intelecto la duda sobre la exactitud del camino emprendido, y la idea de que forzosamente tenía que existir un medio de transmisión del contagio, muy diferente.

Antes de llegar a la selección del mosquito, Finlay tuvo que seguir un laborioso proceso de abstracción para identificar el agente, el que debía tener como hábito succionar sangre como función biológica propia, trasladarse a otros sitios y coincidir su actividad poblacional con los meses en los que con mayor frecuencia aparecían los brotes de la enfermedad y se expandía más rápidamente. El mosquito era el único insecto que cumplía estos requisitos, pero no todos, sino exclusivamente el Culex mosquito, conocido como Aedes aegypti. Esta es una contribución original y decisiva en la investigación de Finlay. Estableció en la Conferencia Sanitaria Internacional celebrada en Washington el 13 de febrero de 1881 la noción del ciclo enfermo-agente-sujeto apto, lo que representaba una forma cualitativamente superior del pensamiento teórico en la concepción del contagio.

En 1881 proclamó con detalles su gran descubrimiento. Esta declaración la hizo en la Academia de Ciencias, en su memorable disertación titulada El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla, en la sesión del 14 de agosto de ese año, y la que fue publicada íntegramente en los Anales de la Academia en el propio año. Señaló el ilustre médico:

"Algunos años ha, en este mismo lugar tuve la honra de exponer el resultado de mis ensayos alcalimétricos, con los que creo haber demostrado definitivamente la excesiva alcalinidad que presenta la atmósfera de la Habana. Quizás recuerden algunos de los Académicos aquí presentes las relaciones conjeturales que creí poder señalar entre ese hecho y el desarrollo de

la fiebre amarilla en Cuba. Pero de entonces acá mucho se ha trabajado, se han reunido datos más exactos y la etiología de la fiebre amarilla ha podido ser estudiada más metódicamente que en épocas anteriores. De ahí es que yo me haya convencido de que precisamente ha de ser insostenible cualquiera teoría que atribuya el origen o la propagación de esa enfermedad a influencias atmosféricas, miasmáticas, meteorológicas ni tampoco al desaseo ni al descuido de medidas higiénicas generales. He debido, pues, abandonar mis primitivas creencias, sometiendo a la apreciación de mis distinguidos colegas una nueva serie de estudios experimentales que he emprendido con el fin de descubrir el modo de propagarse la fiebre amarilla."

Finlay admitía en aquel entonces la existencia de una causa material transportable, que podrá ser un virus amorfo, un germen animal o vegetal, una bacteria, etcétera, pero que constituye en todo caso un algo tangible que ha de comunicarse del enfermo al hombre sano para que la enfermedad se propague. Dijo que lo que se proponía estudiar es el medio por el cual la materia morbígena de la fiebre amarilla se desprende del cuerpo del enfermo y se implanta en el hombre sano. Que la necesidad de admitir una intervención extraña a la enfermedad para que ésta se transmita, resultaba de numerosas consideraciones, algunas de ellas formuladas por Rush y Humboldt a inicios de siglo, y confirmadas por observaciones recientes. Expresó que teniendo en cuenta que la fiebre amarilla está caracterizada clínica e histológicamente por lesiones vasculares y alteraciones físico-químicas de la sangre, parecía natural buscar el insecto que hubiera de llevar las partículas infectantes del enfermo al hombre sano, entre aquellos que penetran hacia el interior de los vasos sanguíneos para chupar la sangre humana, y "llegó a preguntarse" si no sería el mosquito el que trasmite la fiebre amarilla.

Concretando en las conclusiones de este trabajo, Finlay expuso el resultado que había logrado con las inoculaciones de fiebre amarilla mediante picadas de un mosquito primero a un paciente de la enfermedad y luego a un individuo sano, que ha contraído la dolencia. Declara que:

"Si llegase a comprobarse que la inoculación por el mosquito no tan sólo puede reproducir la fiebre amarilla, sino que es medio por la cual la enfermedad se propaga, las condiciones de existencia y de desarrollo de ese díptero explicarían las anomalías hasta ahora señaladas y la propagación de la fiebre amarilla y ahora tendríamos en nuestras manos los medios para evitar, por una parte, la extensión de la enfermedad, mientras que por otra, podrían preservarse con una inoculación benigna los individuos que estuviesen en aptitud de padecerla."

Modestamente culminó:

"Mi única pretensión es que se tome nota de mis observaciones y que se deje a la experimentación directa el cuidado de poner en evidencia lo que hay de cierto en mis conceptos. Esto no quiere decir, empero, que yo rehúya la discusión de las ideas que he emitido; antes, al contrario, tendré el mayor gusto en oír las advertencias u objeciones que quisieren hacerme mis distinguidos compañeros."

Otros hombres de ciencias, habían expresado conjeturas acerca del papel de los mosquitos en las enfermedades. Lo cierto es que desde 1881 hasta nuestros días se han descubierto numerosos vectores biológicos y se ha conocido la historia natural de otras enfermedades infecto-contagiosas, confirmándose en todos los casos la doctrina de Finlay, que podemos resumir: transmisión de la enfermedad de hombre a hombre con un agente intermediario; valor de la inmunidad adquirida y, posibilidad de erradicar la enfermedad suprimiendo el agente.